

rieron a causa de enfermedades tras la invasión europea, pero probablemente se trate de uno de los mayores exterminios de la historia, con cifras similares a las que se produjeron entre quienes sucumbieron a la Peste negra en Europa, o al número de muertos que hubo durante las dos guerras mundiales juntas. Si las cifras fueron menores en Australia y el África meridional, se debe solo a que allí había menos indígenas.

Robo de tierras

La violencia, la esclavitud y las enfermedades afectan a menos personas ahora que en el pasado, pero desgraciadamente no se puede decir lo mismo del robo de tierras, el cual va en aumento. Se trata del principal problema evitable al que ahora se enfrentan los pueblos indígenas tribales, y parte de la cuestión es que a menudo se le caracteriza como inevitable o se dice que se realiza en aras del bien común, o incluso que es beneficioso para la tribu en cuestión, en lugar del grave y mortífero crimen que es en realidad.

Hasta hace poco, la principal causa del despojo de tierras a los indígenas era la colonización. Los ricos llevan generaciones estableciendo granjas y plantaciones en tierras indígenas, y ahí siguen. En Sudamérica, los enormes campos de soja y caña de azúcar así como las fincas ganaderas alimentan el apetito del mundo rico, que necesita comida y combustible que le cuesten al consumidor relativamente poco, pero que han sido obtenidos a un alto costo en términos de sufrimiento humano mucho antes de llegar a la mesa o a la gasolinera. Los años 1970 fueron testigos del crecimiento del nú-

mero de los colonos más pobres, especialmente en Indonesia y Bangladesh, así como en Sudamérica: los Gobiernos empujaron a la población empobrecida lejos de las áreas urbanas, que eran potenciales caldos de cultivo de movimientos opositores peligrosos, y los condujeron hacia zonas más remotas que estaban pobladas por indígenas.

A los pobres recién llegados se les solía proporcionar un pedazo de tierra, herramientas y a veces una vaca o una pequeña vivienda, y se les decía que se construyeran una nueva vida. Muchos lo intentaron, pero abandonaron después de algunos años, y a menudo dejaron detrás mucha tierra dañada. Hordas de personas provenientes del noreste brasileño azotado por la pobreza inundaron la Amazonia. Cruzando el continente, millares bajaron de los Andes hacia la región amazónica del Ecuador. Al otro lado del mundo, los pobres fueron trasladados desde los tugurios de Java hasta Papúa Occidental. Decenas de pueblos indígenas desaparecieron como consecuencia de todo esto. Algunos pueblos indígenas que se habían quedado sin tierra se dirigieron a las ciudades para tratar de ganarse la vida como peones, prostitutas o mendigos. Habiendo perdido el contacto entre ellos, y sin un hogar al cual regresar, desaparecieron irremediablemente como pueblos. Otros, como los guaraníes de Brasil, aguantaron desesperadamente, viviendo en pedazos menguados de su territorio, a veces en las cunetas de las carreteras, pero aun así unidos y manteniendo su sentido de identidad y el recuerdo de lo que habían perdido. Muchos siguen allí. A menudo los niños guará-

nies caen en la desesperación y se suicidan, normalmente colgándose de un árbol. La víctima más joven que se conoce hasta el momento es Luciane Ortiz, una niña de nueve años.

Robo de recursos

En la última generación, la exploración y explotación de recursos naturales se han convertido en una amenaza incluso mayor que la colonización. Habitualmente se trata de petróleo, minerales o madera, así como de la construcción de presas hidroeléctricas. A medida que crece el consumo mundial de bienes y energía a la par que crece la población y que las grandes corporaciones promueven una demanda incesante de cosas nuevas, el precio de dichas materias primas se ha multiplicado varias veces, lo que hace que sea cada vez más rentable explotar zonas más remotas: justamente los lugares donde los pueblos indígenas han sobrevivido.

Estos proyectos van desde importantes programas internacionales hasta los que promueven empresas locales e individuos que a menudo son pobres. Los planes más destructivos de las últimas décadas, todos ellos financiados por los contribuyentes del mundo industrializado, incluyen la represa Narmada en la India, los proyectos Polonoroeste y Carajás en Brasil, el oleoducto Chad-Camerún y el programa de transmigración de Indonesia que ya he descrito. Todos destruyeron comunidades indígenas y la mayoría fueron desastres medioambientales. Beneficiaron principalmente a las empresas constructoras, y a las autoridades que metieron la mano en la caja regis-